TEODORO TORRES

HUMORISMO Y SATIRA

Discurso pronunciado por el autor en su ingreso como Individuo Correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Española, el 24 de Septiembre de 1941 y respuesta del Académico de Número, Don Carlos González Peña.

Con un apéndice sobre la caricatura, las sátiras mexicanas más famosas, etc.

EDITORA MEXICANA, S. A.

Todos los derechos de esta edición
reservados por el autor.

Proemio

PODEIS estar seguros, señores académicos, señoras y señores, de que si de mi voluntad hubiese dependido, yo habría compuesto para esta noche, en vez del que traigo, un sabio discurso que justificara la honra inestimable que me hicisteis, señores académicos, al admitirme en este ilustre instituto, y que pagara la cortesía, la bondad y la paciencia con que habéis venido a oirlo, señoras y señores. Pero demasiado bien sé que sólo voy a evidenciar la certeza que siempre tuve, de que esta ilustre asamblea exageró mis escasísimos méritos para poder tomarlos como prenda a cambio del galardón de su envidiable compañía.

De buena gana hubiera omitido también la disculpa, que suele emplearse como inevitable y manido recurso oratorio; pero a pesar de mi deseo de tener siquiera la virtud de la originalidad y de la concisión, no podía excusar la advertencia, que en esta ocasión está justificadísima.

Espero, con todo, que, vuestra bondad aparte, me ayude la bondad del tema, pues por fortuna el que elegí se presta piadosamente a cubrir esta incapacidad mía para tratar cuestiones de altura y de profundidad en el terreno literario, porque permite echar mano del ingenio ajeno para salpimentar con donaires lo que se dice, y autoriza el estilo ligero

y aun la salida de tono. Y, por otra parte, si bien la sátira, la crítica mordaz y el humorismo tienen ilustres y remotos orígenes en la literatura —y de la sátira y del humorismo voy a hablar aquí,— dejan descender hasta la fuente más copiosa de esa manifestación de los sentimientos del alma humana, o sea hasta el gracioso decir del pueblo, del que todos sabemos y está, por lo mismo, al alcance de las más modestas fortunas intelectuales.

Pretendo averiguar, principalmente, en estas descosidas líneas los antecedentes históricos, étnicos y biológicos de la sátira y del humorismo. Llevo mi audacia hasta establecer la diferencia entre sátira y humorismo, con una clasificación que puede ser arbitraria, como mía. Intentaré, de paso, saber hasta qué punto la crítica, tanto la acerba como la dulcemente graciosa ha sido, como se pretendió antaño, moralizadora y edificante; cuándo sirvió solamente para desahogar enconos malsanos y cuándo para provocar la risa que descarga de pesadumbres el espíritu, desempeñando la noble función de alegrar la vida, inclinada siempre al dolor y a la tristeza. Todo ello, con el fin de saber si nosotros, los mexicanos, somos satíricos o humoristas, y para discernir cuál de las dos designaciones merecen el ingenio popular y la escasa literatura de los que han explotado entre nosotros la vena del buen humor o del amargo decir.

Tiene, pues, mi estudio, esa patriótica disculpa, ya que fuera de algunas apreciaciones personales, nada nuevo queda por informar sobre la historia de la sátira, hecha por grandes autoridades, pero que deja un resquicio para observarla desde el pun-

to de vista de la psicología de un pueblo nuevo, que tiene modalidades propias en el pensar y en el sentir.

Para llegar a necesarias conclusiones por el sistema de la comparación y mediante el examen de la sátira de todos los tiempos, me veré precisado a remontarme a los antiquísimos orígenes de que hablaba antes, y os ruego que me concedáis vuestra indulgencia en el largo viaje que me propongo hacer antes de llegar al objeto principal de esta plática. Y quiero anticiparos la súplica de que no tengáis por estudiadamente heréticas, para llamar la atención con ellas, algunas opiniones que juzgan a los más grandes satíricos con el ingenuo modo de verlos de un hombre situado a más de veinte siglos de sus resplandecientes glorias y que tiene la osadía de decir que no las ve, con sus ojos miopes, ni las goza con su gusto, acaso estragado por el "astracán" y la jácara, con la misma devoción y el mismo gusto que los hombres de sus tiempos. Tomadlas como escarceo juglaresco, como franqueza de indocto, y, en todo caso, como esa originalidad de que hablaba antes y que posiblemente alguien pudo calificar de presuntuosa. Pero es que hay también la originalidad de los ayunos de literatura y, por lo tanto, libres de influencias y de juicios hechos. Esa originalidad de la que dice Don Jacinto Benavente que le ha proporcionado sus mejores observaciones oyendo la opinión de los impreparados.

Cuenta el insigne comediógrafo español, en una de sus sabrosísimas conferencias, que en un viaje por Tetuán, la ciudad de las fuentes, acompañado de gente de varia condición social: la mayoría es-

critores o tocados de literatura, todos celebraban lo pintoresco de la ciudad mora. A cada paso era un éxtasis: "¡Vea usted qué nota de color! ¡Qué típico...! ¡Qué característico...! ¡Qué misterioso!" Un buen señor —boticario de profesión— que también nos acompañaba —dice Don Jacinto— nos oía en silencio. Pero al fin, al encontrarse aparte conmigo, no pudo menos de manifestarme: "Ustedes dirán lo que quieran; pero a mí, francamente, todo esto me parece una porquería". Y yo no pude menos de decirle: "Y usted es el único que está en lo cierto..."

Muy lejos de mí la pedantería insufrible y el irreverente desacato de calificar de porquería la obra de los grandes satíricos antiguos. He traído a cuento la cita sólo para justificar el apuntado concepto de la "originalidad". Y voy a decir, por fin, lo que pienso de la sátira de los lejanísimos tiempos en que empezó a manifestarse.

La sátira antigua

LA sátira, con todo, es todavía más antigua que esos tiempos. A mí me parece que, antes de los versos y cantares con que se expresaron, en la mañana de la creación, los afectos del alma; antes de los dulces diálogos virgilianos; antes de que el arte ennobleciera, con las reglas literarias que le fueron dando aliño, a lo que se elabora en la admirable máquina de la imaginación, ya los hombres de la tribu y del clan habían expresado su descontento por las asperezas de la humana convivencia.

Uno de los preceptistas más acuciosos en materia de asuntos literarios, don José Gómez Hermosilla, supone la misma misteriosa e insondable profundidad a la costumbre de censurar y zaherir, porque ella está en la naturaleza del hombre. "La censura seria y jocosa de lo que nos choca y ofende en las acciones de aquellos con quienes vivimos —declara el tratadista español—, es un resultado necesario de nuestras inclinaciones y tan antiguo como las sociedades: lo que ha variado y debido variar es la manera de hacerla".

Este fué el punto de más interés que encontré en el estudio de la sátira de todas las épocas. Me refiero a las variantes que tiene de acuerdo con

los tiempos, las razas y el temperamento de los pueblos.

Si hay una cosa incambiable en el hombre es su naturaleza misma, la esencia de su sér y de su genio, la tendencia y la dirección de sus pasiones, iguales hoy que en la divina candidez matinal del mundo; mas todo eso sufre transformaciones, si no de fondo, sí de forma en la manera de externarlo, a medida que las costumbres cambian.

De allí que las sátiras, que son consideradas hoy, todavía, como la más alambicada manera de decir una invectiva, nos dejan al leerlas un tanto desconcertados y desilusionados.

Recuerdo con qué afán, llevado por mi afición y mi temperamento a las cosas de la crítica, busqué desde hace mucho en los grandes satíricos lo que, según mis noticias, era ejemplo de ingenio y de mordacidad.

Y sea por hallarme fuera del tiempo y del ambiente, a veinte siglos, como he dicho, de los hombres que dejaron esos monumentos literarios, tan difíciles de entender ahora como las columnas dispersas y rotas de un templo en ruinas; o bien porque la obra diluyera su fuerza dialéctica al verterse en una lengua de tan distintos giros, el caso es que los poetas latinos me parecieron ineficaces para transmitirnos su cólera y su risa. Tal como los ademanes, los gestos y las voces de un anciano centenario que pretendiera convertirnos a las efusiones de su juventud mediante maliciosos guiños y exaltada mímica. Me referiré, en concreto, a los tres satíricos geniales que todo el mundo cita cuando quiere hacer gala de erudición.

Horacio, el venerable maestro de quien nos viene todo nuestro arte clásico y que en los cuatrocientos sesenta y seis versos de su *Arte Poética* nos dejó la lección más grande de todos los tiempos sobre la manera de escribir, es candoroso y sencillo en sus sátiras. Es un satírico bueno (valgan la paradoja y el contrasentido), que trata de herir sin tener en la mano la espada del encono real. Aun aquellas veces que fulmina con devastadores enojos, adviértese que sólo está haciendo una literatura muy en boga en sus tiempos.

Una de sus más ardientes diatribas es aquella que dirige a Casio Severo. Le increpa con estas destempladas voces, que más parecen las de un escolar enfurecido que emplazara, de banca a banca, a su condiscípulo, para la salida de la clase:

"¿Por qué, perro, maltratas a los inocentes huéspedes?
Cobarde contra los lobos,
¿Por qué no, si te atreves
Vuelves hacia aquí tus amenazas
Y me hieres a mí que te morderé?"

Hay otra dedicada al prócer que fué la razón suprema de su vida, según dice en una de sus odas, a Mecenas. ¿Contra quién suponen ustedes que arremete en ellas? Contra el ajo, que le había hecho daño en una comida...

Como no estoy analizando la belleza del estilo, ni la profundidad de la sentencia, las dos eminentes cualidades de los poetas latinos, sino la intensidad cómica de la sátira, hay que convenir en que la del respetabilísimo Horacio perdió su fuerza en el via-

je secular. Y si se me permite la observación, que apoyaré un poco después con irrecusables datos, debo decir que Horacio careció de las condiciones del satírico, o sea la del descontento, la del resentimiento, que con tanta sabiduría ha estudiado el insigne Marañón en un libro reciente.

Pero ni aquellos que sufrieron persecuciones como el desterrado Juvenal; ni los que padecieron la amargura —¡de la que nosotros tanto sabemos y que, por su abundancia, ya ni alientos para la burla nos deja!— de vivir en una época de desenfreno, corrupción y abuso, como Persio y Luciano, tienen la eficacia de hacernos sentir la ironía retozona, que seguramente no hizo ninguna falta a los romanos de la decandecia.

En aquella sátira de Persio, tan parecida a la conocidísima catilinaria de Cicerón: "¿Hasta cuándo, Catilina, etc.?" y que comienza también con el muy conocido: **¿Res populi tratas?**, Persio, en el paroxismo de la cólera, y parodiando a Sócrates en su diatriba contra Alcibiades, dice estas palabras sencillas, que no **sincronizan** con su ira por esa misma reposada sencillez, y que, por lo demás, —¡oh eficacia de los pensamientos geniales!— pueden aplicarse a cualquiera de los que detentan el gobierno en el mundo, en esta hora negra de tiranía y de opresión: "¿En qué cosa confiado, en qué experiencia de las cosas tratas, gobiernas y administras la República?"

En tanto, Juvenal, a quien vemos más moralista que satírico, criticando a la nobleza de Roma prorrumpe, dirigiéndose a Pontico: "Más quiero que seas hijo del cobarde Tersites, con tal de que seas tan valiente y esforzado como Aquiles, que

no seas hijo del valiente Aquiles y salgas tan cobarde como Tersites. Porque habrá sido el que dió principio a tu nobleza, algún foragido o ladrón, y persuádete a que la verdadera nobleza está en la virtud".

Altas y nobles palabras las de estos varones cuya elocuencia para sermonear no podemos poner por abajo de ninguna otra; pero ¿no cuadra más a nuestro gusto esta vulgar redondilla que tiene la esencia misma de la invectiva de Juvenal y, sin embargo, nos llega más pronto y nos alegra con más ímpetu **la pajarilla** de que hablaba Quevedo, o sea la malévola entraña que se regocija con la maledicencia:

"¿Quién es el santo varón
que pueda decir contento:
dieciséis abuelos cuento
y ninguno fué ladrón?"

Quevedo, el más gránde satírico

HAY una razón para conceder mayor gracia y movimiento a los epigramas y agudos decires escritos en nuestra lengua, que a todo lo que dejaron en las hoy lenguas muertas los más famosos epigramatarios del pasado. No soy yo quien la saca a luz, sino uno de los más fecundos e ingeniosos escritores festivos españoles y, para mí, el más grande satírico de todos los tiempos: Don Francisco de Quevedo y Villegas. En una carta que el hombre de los inimitables donaires dirigió a don Antonio de Luna y Sarmiento para explicarle la intervención de la Musa Terpsícore en la poesía y en la música, dice: "la lengua latina es muy pobre en juegos de palabras, como se ve en la esterilidad de sus más festivos escritores antiguos, con quien algún moderno, compitiendo, pudo en esta parte quedar tal vez más adelante".

Y a nadie más que a Quevedo le conviene la asignación de esa ventaja, si comparamos con el original sus imitaciones de los epigramas de Marcial que seguramente contienen, en esencia y potencia, el agudo pensamiento, la burla y la dañina intención de esa clase de literatura; pero que no pueden desenvolverse con la misma gracia en el idioma del Lacio, conciso y sobrio, como en el español abundante en giros, propicio al retruécano y al equívo-

co, mucho más rico en vocablos que ayudan a un interminable juego de palabras, y van extendiendo hasta lo infinito, con la ayuda de jerigonzas y germanías, renovados constantemente por los tiempos y los costumbres, las posibilidades de la sátira.

Veamos cómo aprovecha Quevedo un epigrama de Marcial, enderezándolo contra su mortal enemigo don Luis de Góngora.

De estos dos versos latinos:

Versiculos in me narratur scribere Cinna
Non scribit, cuius carmina nemo legit;

de esos dos versos, digo, saca Don Francisco esta letrilla que rezuma gracia e ingenio:

Dice Don Luis que me ha escrito
un soneto, y digo yo
que si Don Luis lo escribió,
será un soneto maldito;
A las obras lo remito:
luego el poema se vea;
mas nadie que escribe crea,
mientras más no se cultive,
porque no escribe el que escribe
versos que no hay quien los lea.

Otros mil ejemplos pudiera copiar —y al decir mil no exagero, porque la obra de Quevedo es más copiosa que la de todos los satíricos griegos y latinos, juntos— en favor de nuestro poeta español; pero no puedo detenerme en cada detalle y en cada observación de este somero estudio.

Citaré, con todo, una opinión más, que refuerza la que acabo de exponer. Otro insigne satírico español, par de Quevedo, aunque de estilo y género distintos, don Mariano José de Larra, en su artículo *De la Sátira y de los Satíricos*, al hablar del siglo cultísimo de Augusto y después de calificar de oscuro a Persio y de acre a Juvenal; después de comentar la licenciosa manera de Catulo y de Tibulo, la desnudez de Marcial, y de incluir en su crítica algún pasaje de la Catilinaria y de la égloga de Virgilio, —la de Alexis y Coridón,— declara que todas esas manifestaciones del genio y del buen gusto romanos, hubieran provocado "gestos de hastío y de indignación, no precisamente en nuestra sociedad moderna; pero aun en el siglo de Luis XIV, más aproximado a ellos que a nosotros".

Larra acude a otro razonamiento para explicar la dificultad de gustar y entender a esos antiguos cultivadores de la sátira, además de la oscuridad de su pensamiento y las limitaciones de su lengua. Dice que, "como las costumbres varían y el pudor va a más en las sociedades con la edad, así como en los individuos, y solamente se halla oculto o perdido en la infancia y en la vejez, los satíricos latinos, así como los de la antigua Grecia, carecieron de él porque aquella era la infancia de la sociedad europea de entonces".

Dos cosas he pretendido con esos autorizados testimonios: primero, demostrar que tenemos, por el idioma y el pensamiento, la más noble ascendencia satírica y, después, lograr el descargo de mi conciencia que se siente turbada por la audaz apreciación de la sátira antigua. Pero, digámoslo en su

abono, ¡qué culpa tuvieron los remotísimos padres de nuestro idioma, de que el hijo se enriqueciera con ese tesoro de vocablos que tiene el español y con cuya diversidad pudo cubrir la amargura y la acrimonia que se esconden, invariablemente, en toda crítica...!

El satírico, un amargado

DE esta última afirmación surge otro de los postulados de mi ensayo, derivándolo hacia el punto que pudiéramos llamar patológico, desde el momento en que la sátira parece nacer, como las perlas que cultiva el molusco mediante un mal interior, de una enfermedad, de un dolor: del dolor de la injusticia, de la pena—que nosotros sentimos todas las mañanas al leer los periódicos—producida por la maldad humana, y hasta por esa enfermedad que el catecismo califica de "tristeza del bien ajeno", que tiene un color amarillo y se llama la envidia.

Siguiendo esa trayectoria de la crítica a través de su evolución en el humano organismo, llegaremos a la conclusión de que si los antiguos satíricos aparecen más sencillos a la vez que más acres vistos desde nuestros tiempos, no es sino porque, como dice Larra, vivieron en la infancia de la sociedad; y porque no tuvieron el admirable instrumento de una lengua ampliada por el uso, elegantizada por la civilización y domeñada en sus ímpetus sinceramente primitivos, por esos que los ingleses llaman "humour", los franceses "esprit", y no es sino el refinamiento de las costumbres, la cortesía que deja en humorismo, es decir, en buen humor, lo que

en el fondo del alma es, en el primer impulso, un poco de maldad y un poco de encono o de envidia.

Esto robustece la afirmación de que no se puede ser satírico sin tener la condición de ánimo que predispone a la crítica. Por eso seguramente casi todos somos satíricos alguna vez: porque todos tenemos momentos de amargura. Pero quienes más profunda huella dejaron con sus sangrientas burlas, aparte de su condición literaria y su calidad genial, fueron los que más sufrieron, los que quisieron vengarse en la humanidad de las heridas que a ellos les infirió el destino haciéndoles nacer deformes, fáciles a la sátira y al engaño, a la burla de los demás.

De allí que dijera antes que Horacio careció de las condiciones del satírico. En efecto, a este cordial amigo del más grande de los emperadores romanos le faltaba la irritación de Marcial contra la indiferencia de los próceres; la tristeza de Pope, de Leopardi y de Juan Ruiz de Alarcón por su deformidad; la cojera que amargó la vida de Lord Byron; la desgracia constante y el enojo de Felipe IV y del Conde Duque de Olivares que llevaron a Quevedo a morir llagado y miserable en su Torre de Juan Abad; la pobreza, la incomodidad y la injusticia que engendraron el Quijote; la torva saña que convirtió a Heine en un descastado; el amoroso desencanto de Larra, las prisiones y las persecuciones que hicieron salir a Shaskespeare de Stratford-upon-Avon hacia Londres y hacia la gloria.

Solicitado de Augusto, cuya oferta suplicante de que sea su secretario rehusa para no dejar el "bea-

tus ille'' que le había procurado Mecenas al regalarle la linda quinta campestre de La Sabina; dedicado al *otium*, al reposo, ''a las cenas dignas de los dioses'', con Lalage, la de la linda sonrisa y Lidia, reconciliada, y sus vecinos charlatanes y filósofos; encantado con su casa de campo, con sus tijeras de jardinero, su viña, sus rosales y sus inquilinos de cinco oficios: suspirando en el campo por la ciudad y en Roma por el campo: ''**¿O rus, quando te respiciam?**'' (1), debió tener esa bondad que nos hace hallar siempre la vida buena y no deja lugar a la amargura, madre de la mordacidad. En sus odas abundan los consejos para vivir como cantaba el viejo Anacreonte: ''coronados de rosas y disfrutando de la juventud y del placer''.

En cambio, si recurrimos al que, según creo —lo dije ya,— es el más grande satírico que han producido hasta hoy las letras, a Quevedo, y nos asomamos al fondo de su alma atormentada, cómo vemos que, a semejanza de Job, al hacer un recuento de su vida pasa, como las cuentas de un rosario, la lista de sus desventuras; pero burlándose de ellas, del mundo y de la vida, del cielo y de la tierra, con una especie de desesperación encubierta con la amarga sonrisa de quien nada espera ya de los días que le quedan por vivir.

Todos los biógrafos y críticos de Quevedo tienen, por autobiográfico el conocido romance en que ''refiere su nacimento y las propiedades que le comunicó''. Oigámosle cómo habla en él:

---

(1) Emile Henriot: Horacio y su Tiempo.

"Porque es tan feliz mi suerte
que no hay cosa mala o buena
que aunque la piense de tajo,
al revés no me suceda.

De estériles soy remedio
pues con mandarme su hacienda
les dará el cielo mil hijos
por quitarme las herencias.

De noche soy parecido
a todos cuantos esperan
para molerlos a palos,
y así, inocente, me pegan.

Aguarda hasta que yo pase,
si ha de caerse, una teja:
aciértanme las pedradas,
las curas sólo me yerran

No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.

No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.

Ineficacia de la sátira

PASANDO a otro de los puntos propuestos parece oportuno que nos preguntemos: ¿cuál ha sido la eficacia de la sátira para castigar la vileza del mundo? La divisa que el poeta Santeul dió al arlequín Domenique para que la pusiera en el telón de boca de su teatro: "CASTIGAT RIDENDO MORES" (Corregir, burlándose de las costumbres), no pasa de ser un adorno literario que cuadra muy bien en las portadas de los libros donde el hombre vierte sus desahogos. De otra manera no se comprende cómo, después de las burlas de Aristófanes, que personificaba en *Las Nubes* (una de sus comedias más famosas) al pueblo en la figura de Demos y le decía—fijaos, señoras y señores, cómo parece dirigirse a cualquiera de los pueblos que hoy componen el nervioso, azogado y cambiante mapamundi:—"Eres un imbécil, adulador e intrigante; te conducen cogido por la nariz y tú, extasiado cuando te arengan, permaneces inmóvil, con la boca abierta"; o cuando increpa en la misma comedia a los "líderes" de sus tiempos, precursores de nuestros **líderes,** insultándolos con estas palabras: "Tú eres un hombre zafio; eres un malvado y la hez de la plebe; pero tu voz es atronadora y tu elocuencia desvergonzada, tu gesto maligno, tu charlatanismo

muy a propósito para la plaza pública; descansa, pues, en mis palabras; posees todas las dotes que se necesitan para agitar a Atenas". Después de las catilinarias y de las filípicas; de las críticas del *Satyricón* para la corrupción romana; de los zahirientes refranes de Suetonio para las rapiñas de los ejércitos de César y para todas las atrocidades de las Galias; al cabo de las burlas de Moliére y de los ejemplos de la picaresca española que inmortalizaron el tipo del truhán para ejemplificación del mundo, pues no era para imitarlos para lo que se exhibía al *Buscón* y a Guzmán de Alfarache; al Lazarillo de Tormes y al propio y autobiografiado Don Diego de Torres y Villarroel; y después de la infantil y original manera de moralizar al mundo haciendo hablar a los animales, tan elocuentes en las bocas de Fedro, de Esopo, de Lafontaine y de Iriarte, al cabo de todo eso, ¿no sigue habiendo tiranos en el mundo, ejércitos rapaces, y pueblos que se dejan esclavizar; sociedades corrompidas, y avaros, y bobos, y mentecatos, y presumidas en las sociedades? Y en vista de que la truhanería ha llegado a ser un "modus vivendi" casi social y constitucional, ¿no es cierto que ya las fábulas no son fábulas, sino muy serios y solemnes documentos humanos, pues los animales han demostrado ser más sabios, más humanitarios, y mejores que los hombres?

Por otra parte ¿qué queda de la sátira contra la fe y las creencias, de la obra demoledora de los enciclopedistas, iconoclasta y arrasante? En lugar de corregir y de reformar, y mucho menos de divertir, enfrió las almas, fué semillero de odios, preparó la sangrienta revolución de Francia y dejó a través de

los tiempos la desolación de un vendaval sobre un bosque antaño poblado de rumores. Tres siglos después de que Voltaire escribiera *La Pucelle,* burla sangrienta de un heroísmo y de una santidad, Bernard Shaw responde con una *Santa Juana de Arco* reivindicadora y confortante, y a *Las Vidas de Jesús* de Renán y de Strauss, herederos del pensamiento de los revolucionarios del siglo XVI, suceden las hagiografías de doña Emilia Pardo Bazán de Papini, de Mauriac y de Chesterton, y el mundo, a quien se le aconsejaba reír de los objetos de su culto, mira más encendida que nunca la llama de la fe, siente la nostalgia de lo divino, y sólo sigue encontrando consuelo y esperanza en El que vino al mundo para ser la esperanza y el consuelo de los tristes...!

¿Fué una sátira el Quijote?

EN una de las escenas de *Las Paredes Oyen* de Don Juan Ruiz de Alarcón, el escudero Beltrán, murmurador y socarrón como todos los escuderos españoles, que semejan llevar la provisión de cordura que sirve de guía a la locura idealista de los amos, obliga a decir a Don Juan, a causa de alguna donosura del susodicho criado:

—Beltrán, satírico estáis

A lo cual Beltrán responde:

—¿En qué discreto, señor,
No predomina ese humor?

Y otro gran mexicano, que se llamó a sí mismo el Pensador, y a quien le hemos dejado, en reconocimiento de su genio, el sugestivo nombre, Fernández Lizardi, declaraba que "la sátira, no señalando personas ni con sus nombres ni con sus señas individuales, lejos de probar un alma baja ni un corazón corrompido, manifiesta todo lo contrario, esto es: un sentimiento no vulgar, y un alma noble".

Los dos ilustres hombres de letras coinciden en la encumbrada apreciación de la sátira, concediéndole una extraordinaria virtud curativa después

de hacer una convencional etiología del mal, que la medicina de la burla cura, según ellos, indefectiblemente, y atribuyéndola, el uno y el otro, a discreción, nobleza de alma y otras altruístas cualidades que convienen a toda obra moralizadora.

Pero de la discreción al desenfreno no hay más que un paso, especialmente cuando se juega con el fuego de la pasión; y así es cómo vemos que el pulido y caballeresco Juan Ruiz de Alarcón, en cuanto siente sobre su desmedrada figura el azote despiadado de la letrilla de Quevedo, se vuelve contra Don Francisco y le dedica una violenta diatriba llena de esas palabras obscenas, tan toleradas en aquellos tiempos, pero que ahora sólo quedan en los libros de la picaresca. Se llaman "Corcovilla" y "Pata Coja". Y no se insultan con más saña dos de nuestros más entendidos albureros vernáculos en la puerta de una piquera.

¡Y quién dijera que esto ocurría en el Siglo de Oro, cuando el genio español llegaba a su excelsa madurez, y sus príncipes y señores, al mismo tiempo que producían *El Burlador de Sevilla* y las mil comedias de Lope, los sonetos de Argensola y *El Polifemo* de Góngora, se llenaban de oprobio por odios y rencores literarios!

En esos tiempos aparece la que ha sido llamada "la sátira más eficaz contra los libros de caballería", el libro de los libros, *El Quijote*.

¿Fué realmente una sátira *El Quijote?*

El mismo Cervantes rechaza el calificativo de satírico, cuando en su *Viaje al Parnaso* declara, indignado, que:

"Nunca voló la humilde pluma mía
Por la región satírica, bajeza
Que a infames premios y desgracia guía"

Por esas advertencias previas, y por otras muchas condiciones abundantemente excelsas, podemos decir que no es libro de sátira *El Quijote*. Hace burlas Cervantes, en él, con la dolorida sonrisa del que se ríe de su propio infortunio, o con la conmovedora actitud de quien observa a la humanidad que va, en pos de la mariposa del ideal, con los ojos absortos y las manos tendidas, mientras sus pies tropiezan con los guijarros del camino. ¡... Sus burlas no dañan más que a lo seres forjados en su imaginación prodigiosa...!

¡Y cómo es suave su risa, y dulcemente cómica su crítica, y a veces hasta tierna, como la del padre que ríe con risa del alma de los traspiés del pequeño o de sus ingenuas malandanzas y desfiguros...!

Ríe de los desafueros de Rocinante, cuando el ruin caballejo que "**tantum pellis et ossa fuit**", queriendo echar una cana al aire con las yeguas de los yangüeses, recibe una terrible patiza de las desagradadas y caballunas damas, porque **tenían más ganas de pacer que de él**; de la postura de Sancho en la aventura de los batanes, con las posaderas al aire; de las cabriolas de Don Quijote en la cueva de Montesinos; pero tanta locura y tanta simpleza, explotadas con genio sin igual, no son más que un fondo para hacer más luminosa y confortante la maravilla de los consejos del andante caballero al gobernador de la Barataria, en los que resplandecen la sabiduría, la misericordia y la justicia; o para llevarnos por

suaves caminos de sorpresa a la más dolorosa y romántica de las escenas. Aquella en que a las fingidas esperanzas de los que rodean el lecho de muerte del manchego inmortal, y le aseguran que "aun hay sol en las bardas", él responde "que en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño", con la infinita melancolía del que despierta de la locura de la vida y se dispone a entrar reposado y tranquilo en las augustas serenidades de la muerte...

Pero nunca ríe de nadie que pueda sentir en el alma la punzada de la burla. El libro siempre es alto y noble, y por eso es inmortal; de tal suerte inmortal y grande e insustituible, que si no hubiera otro en el mundo, con él nos sintiéramos acompañados como con el más placentero amigo, el consejero más sabio y de más alto y armonioso decir; como con la concepción soberana del genio y la manifestación del espíritu donde se hermanan la bondad, la sabiduría, la galanura y todas las grandezas y excelsitudes del alma humana...!

Derivación de sátira hacia el humorismo

EN esos siglos en que a la caballería sustituye la cortesanía galante de los que vinieron a dulcificar las costumbres de los hombres de hierro de la edad media y del feudalismo, es cuando comienza a echarse de ver la derivación de la sátira hacia un concepto más agradable en la crítica de las debilidades humanas. En una de las comedias de Shakespeare, *Las Alegres Comadres de Windsor,* encontramos por vez primera la palabra "humour" en boca del cínico Falstaff, que había de tener ilustre descendencia en los lores y gentlemen, elegantemente cáusticos, de las comedias de Oscar Wilde. Rabelais y Molière dan vida a Pantagruel y a Tartufo, dando, al mismo tiempo, a la humanidad, "el gran confortativo de la risa". Según Saint Beuve, Molière ya no fué el satírico cuya principal misión fuera zaherir, sino que consideraba a la humanidad como a "una vieja chiquilla incurable a quien hay que corregir un poco, a quien hay que consolar, pero, sobre todo, divertir".

Falstaff, Tartufo y Sancho Panza forman la trinidad de los grandes tipos cómicos y señalan al mismo tiempo la diferencia de los humores, conforme al temperamento de las razas. Falstaff es una avanzada del humorismo inglés, que tiene los más cínicos desplantes y dice las más regocijadas agudezas sin

mover un músculo de su cara, a la manera de Chaplin, ilustre nieto de los grandes histriones ingleses. Tartufo, con la abundante teoría de los personajes de Molière que encarnan todos los vicios y todas las bajas pasiones: el avaro, el misántropo, el farsante, las preciosas ridículas, tiene ya lo que se ha llamado más tarde el "esprit" francés; Sancho es la quintaesencia de la cazurrería, "costal de malicias", ensartador eterno de refranes, y un poco abuelo de nuestros rancheros y campesinos, de los mozos de estribo, arrieros, sotas y toda esa gente que en México, desde *Periquillo* hasta *Canillitas*, ensanchó el refranero español con los dichos, pullas, refranes, albures, tanteadas, carnes, choteos y vaciladas que desfiguran el idioma para disfrazar desvergüenzas o subrayar descaros.

El razonador y frío sajón es el padre del humorismo, de la sátira civilizada que no se descompone ni se exalta para decir las burlas más agudas, sino que es elegante y hasta poética con Lord Byron y vivamente mordaz con Bernard Shaw. El español es el creador del género cómico, que "en el tinglado de la antigua farsa" hizo reír con sana y exultante risa a los públicos de aquellos duros tiempos en que, según el insigne Benavente, "el pueblo tenía esa filosofía del que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura". La ingenuidad y la sencillez del pueblo no precisaba del chiste científico, tabulado, preparado con máquina de calcular, en que vino a tener remate, con Muñoz

Seca, el sainete que era jugoso, desbordante de ingenio con don Ramón de la Cruz y don Ricardo de la Vega, y tuvo la soberana gracia andaluza en las comedias de los hermanos Quintero y en los entremeses de Arniches y Luceño.

Entre esos dos pueblos, tan diferentes de espíritu y de naturaleza y modo de vivir y de sentir la alegría, encarnó, haciéndose gentil, la antigua sátira. Y la verdad es que no sabríamos con quién quedarnos a la hora de escoger un rasgo de ingenio, de oportunismo chispeante y vivaz: si con Mark Twain, consanguíneo cercanísimo de los Moore y de los Swift y, para mí, uno de los humoristas natos, que llevan el humorismo en la sangre y lo sienten y lo viven y se alegran con él; el humorismo cuya vida tiene la palpitación convulsiva y espasmódica de la risa; o con Quevedo y Ricardo de la Vega, que en trance de muerte y a la hora de las supremas tristezas hicieron el último chiste.

A Mark Twain le escribió, cierta vez, un admirador e imitador suyo preguntándole si era cierto que los mariscos fortalecen el cerebro y aguzan el ingenio, y mandándole al mismo tiempo unas cosas humorísticas que había escrito para que, en vista de la calidad de las composiciones, le dijera si estaban bien así o si necesitaba él la fosfórica refacción y en qué cantidad, de los consabidos mariscos.

La respuesta de Samuel Clemens, el verdadero nombre del humorista yanqui, fue rápida y mortal como una bala: "Yo creo que para que mejore su ingenio—respondióle—le bastarán a usted unas dos o tres ballenas...!

Ricardo de la Vega, el que había condensado en sus sainetes la gracia infinita del pueblo madrileño, próximo a expirar, llamó a sus hijos para confiarles un secreto que toda la vida le había abrumado; y cuando los dolientes esperaban la revelación de un misterio espantoso, el sainetero español les dijo, con la lívida y macabra seriedad de un moribundo: "Habéis de saber, hijos míos, que toda la vida me ha cargado el Dante..."

Y Quevedo, cuando el notario que recibió su testamento le preguntara cuánto dejaba para la música que en aquellos tiempos acompañaba a los entierros, protestó diciéndole: "que la música la pague el que la oiga".

La diferencia que hay entre estos humoristas y los satíricos antiguos es que aquellos se despojaron de la parte amarga, hiriente y personalísima de la crítica y del ataque individual, y encubrieron con alegre vestidura las realidades serias que los otros atacaban de frente y sin el soslayo que hace tan graciosa una invectiva, amortiguada como va con el algodón del eufemismo, lanzada como un "boomerang" en sentido opuesto de su dirección final para que vaya a dar, de sorpresa, en el blanco y atenúe el encono del ataque.

Esta es, a mi modo de ver, la diferencia que existe entre el humorismo y la sátira. Hay quien pretenda hacer todavía una nueva clasificación entre "humour", el humor inglés y el humorismo, que debe ser todavía más suave, como el que sale dulcemente de las doloras de Campoamor.

Un entendido escritor suramericano, don Mariano de Vedia y Mitre, establece esa diferencia diciendo que el "humour" inglés no es el equivalente del humorismo, aunque se roce con él. El "humour" surge de una profunda desilusión de todo lo humano. Huye de la gravedad para desdeñar en definitiva vanidades, sueños de grandeza, de gloria, así como la mística de la acción. Y en medio de todo ello aparece espontáneamente una jovialidad que hace contraste con el cuadro desilusionado de la vida. Nada lejos está Cervantes de este aspecto típico del humor inglés. Y encuadra bien en él Rabelais. Taine en su conocida historia de la Literatura inglesa, ha dicho con exactitud: "Entre otras cosas tiene el gusto de los contrastes". Swift chancea con la expresión grave de un oficiante y desarrolla con hondo convencimiento los absurdos más grotescos. Hamlet, estremecido de terror y desesperado, es un chisporroteo de bufonerías. Heine se burla de sus propias emociones. Gustan del disfraz, recubren solemnes a las ideas cómicas y ponen una casaca de Arlequín a las ideas graves".

Con todo, nuestro comentarista americano admite que Shakespeare es francamente humorista en *Las Alegres Comadres* y en *Como Gustéis*, y tiene que hacer consideraciones que se quiebran de sutiles para decirnos cuándo hay "humour" en una obra y cuándo humorismo.

Si alguna otra clasificación quedara por hacer, y eso aplicándola al riquísimo coto de las letras castellanas y al ingenio de nuestros pueblos que hablan la lengua de Cervantes, sería el de la gracia, hija

legítima, por línea recta de varón, del humorismo, en maridaje con la disposición romántica y amorosa que todos, a Dios gracias, poseemos en estas tierras de cielos azules, de sol y de encanto: la gracia andaluza y madrileña, castiza y gitana, que nos tocó en herencia con la sangre de nuestro abuelos hispanos; la que brota luminosa, como el sol de una tarde estival, de las comedias de los hermanos Quintero, en las que hay un pasaje (en *Las Flores*) donde un ardido galán se acerca a un puesto de rosas y pide un manojo de ellas para obsequiarlas a su dama, y la florista, que quiere aumentar sus beneficios, pues se trata de una obra de caridad, anticipa:

—*Aquí las flores son caras, caballero*...

y el interpelado responde:

—*No, aquí las caras son flores*...

la gracia picante de las doloras de Campoamor:

"*Te advierto, angel caído,*
que ya has perdido en la opinión las alas
y que el olor de santidad que exhalas
ya sólo lo percibe tu marido".

la gracia de nuestros rancheros que barajan "albures" e improvisan canciones y echan silvestres flores a sus enamoradas, en charreadas y jaripeos, entre una mangana y una crinolina; gracia humilde y sencilla que huele a flor del campo, a tierra recién mojada, y a fragante hálito de selva virgen:

Comadre, cuando yo muera
Haga de mi barro un jarro
Si de mi tiene sed, beba.
Si a la boca se le pega
Serán besos de su charro.

Voy a hablar ahora de la sátira y el humorismo mexicanos.

Cómo nació la sátira en México

LOS antepasados autóctonos nuestros no fueron satíricos. Al menos, en lo que queda de su literatura, si así pudiéramos llamarla, y en la referencia que nos dejaron los que escribieron sobre sus costumbres y sus modos de ser y de vivir, apenas si se encuentra huella de algún rasgo de ingenio. Fuera de lo que nos cuenta Sigüenza y Góngora, de que "Moctezuma divertíase con los dichos de sus bufones, en cuyas burlas, a ocasiones, encontraba buenos consejos", y de algunas oscuras sátiras de que hace mención don Fernando Chimalpopoca en su Códice; y de ciertas gracejadas demasiado libres como las que recogió don Rubén M. Campos achacándolas al decrépito Axayácatl; fuera de eso nada hay que incline a suponerles satírica malicia a los primeros pobladores de estas tierras de América.

Por el contrario, quienes mayor contacto tuvieron con ellos los pintan más bien como un pueblo sombrío, dedicado exclusivamente a la pelea, sin esas treguas de paz y de ocio que predisponen a las sutiles manifestaciones del espíritu.

El muy ilustre nahuatlato, el P. don Angel Garibay, en el prólogo que acaba de poner al libro llamado *Poesía Indígena de la Altiplanicie,* hace ver que toda esa poesía está impregnada del fatalis-

mo, del bélico sabor y la obsesión de la muerte y de la guerra. En efecto, todo es oscuro y fúnebre en esas melancólicas lamentaciones de la raza.

Uno de los cronistas de la conquista, el Padre Durán, asegura que los cantares de los indios eran tan tristes "que sólo el son y el baile pone tristeza, el cual he visto cantar a veces con cantares a lo divino, y es tan triste que me da pesadumbre oíllo y tristeza".

Con esa disposición de ánimo, de la que tanto nos queda a los que, muchos siglos después, seguimos con la herencia de su melancolía, debe haber resultado difícil que nuestros abuelos encontraran ocasión siquiera para aquella sátira de que hablamos al principio de esta plática, o sea la que resulta de las asperezas de la humana convivencia. Quienes estaban hechos para la mortal pelea, con la muerte vengaban cualquier agravio, sin recurrir al intermedio de la burla.

Los cronistas de la conquista sólo nos hablan de los "grandes vituperios", de "las palabras tan malas que los indios dirigían a sus amigos los tascaltecas, que los hacían desmayar"; o de otras expresiones que pertenecen a la épica, como cuando les gritaban, según Bernal Díaz: "si queréis oro, allá va", y les arrojaban flechas adornadas del fino metal; o como cuando el epónimo Cuauhtémoc, con el dolor del vencimiento y la derrota, le pedía a Cortés que con el puñal que llevaba al cinto le quitara la vida que no había servido para defender a su patria; pero en ninguna parte sobresale una expresión que no sea de cólera, de rabia, de la tristeza de una raza que llevaba en su alma el dolor de cien generaciones

de siervos sometidos por los reyes guerreros que los empujaban a la crueldad y la matanza.

Son los salados sevillanos de las expediciones contratadas por Diego Velázquez y aprovechadas por Cortés; los extremeños y los castellanos, rudos y sin letras, pero con el luminoso espíritu de la raza hispana, los que hacen el injerto de la gracia y de la malicia en el espíritu sombrío de los nativos, de donde había de salir este natural nuestro, en que hay el rencor y la aspereza india, pero del que a veces brota, como una flor entre guijarros, el ingenio español, más picante, si se quiere, que el que trajeron las lanzas del ibero, por haberse cultivado en este ambiente donde todo tiene el acre sabor de la tierra alimentada hace siglos con sangre. No de otra manera, según cuentan, los pimientos dulces, trasplantados a nuestro suelo toman el picante del ají que abrasa la boca.

Es en Coyoacán, en las paredes blancas de cal de los aposentos de Cortés, donde aparece el primer pasquín, esto es, la prístina manifestación de la sátira en tierras de América, cuando, como escribe Bernal Díaz con ese estilo suyo, de casera plática, "el Fulano Tirado, amigo que fue de Diego Velázquez, y un Villalobos, que fué a Castilla, y otro que se decía Mansilla, escribieron aquellos motes y coplas" en que le pedían a Cortés que repartiera el oro que había apañado en la debelada y desecha Tenochtitlán:

"Oh y qué triste que está el anima mea
Mientras el oro de Cortés no vea...!

La nueva sociedad que resultó de la conquista, sociedad dominada, en los primeros años, naturalmente, por la gente venida de España, muy pronto se agranda con el concurso de la mezcla de razas, y al cabo de un siglo ya hay la casta criolla, que recibe influencias del clima y del ambiente, y la mestiza, en la cual se ha realizado el injerto mental de que hablábamos antes. Hay también la raza pura, civilizada por los españoles evangelizadores y que encuentra, mezclado al idioma y las costumbres que vinieron del viejo mundo, un nuevo concepto de la vida, más claro, más humano que el de los sombríos aborígenes, por más que otra cosa digan los indigenistas tricolores, pues no pueden compararse las durezas de los conquistadores con la miseria salvaje que imponía la vida primitiva, la crueldad de los ídolos que pedían torrentes de sangre, y la tiranía de los déspotas que gobernaban, y exigían pesados tributos para levantar pirámides y construir palacios, jardines y templos, y disponían de la vida del hombre sin asomo de leyes ni de justicia.

Ya la incurable tristeza del indio, que se infiltra en el corazón de la raza mediante la "vieja lágrima" tan dulcemente advertida por un gran indio romántico, el poeta Urbina, no tiene los sombríos acentos de desesperación que se escuchan en los antiguos cantos guerreros. El indio y el mestizo, atentos a los detalles de la nueva vida que les ofreció la civilización, y aprovechando los elementos psicológicos que con ella recibieron, criticaron a sus nuevos dueños, y al suspirar por su libertad y dolerse de la pesadumbre de las cadenas que les dejó la conquista, apelaron a los recursos que habían visto

usar a los señores: al pasquín, a la burla ingenua que se trasmitía de boca en boca para reírse de la vanidad de los recién enriquecidos, de la ostentación de los virreyes, del perjurio y la codicia de oidores, ediles y encomenderos.

La sátira medularmente mexicana, que tiene esa mezcla ya mencionada, de la amargura del indio y de la gracia española, nace, pues, con la nueva vida del país sojuzgado, tomando para su composición todos los elementos de ambiente, nomenclatura, términos y referencias locales; pero aquí precisa puntualizar que los que llenan con su ingenio los siglos XVI y XVII, y que ocupan un lugar tan eminente en nuestra literatura mexicana, son españoles todavía por la sangre, por la cultura, por la influencia de la tradición hispana, y aun por la permanencia en la Madre Patria. Tal es el caso de la dulce Sor Juana, que es gongorina y calderoniana en sus sarcásticas redondillas y en sus sainetes; el de Juan Ruiz de Alarcón, que sitúa todas sus famosas comedias en escenarios españoles y no tiene de mexicano sino la cortesanía exagerada, hija de ese achicamiento individual que da este clima suave y nos torna glicerinosos y cultivadores del abrazo, la sombrerada y el ofrecimiento de casa; el de Gorostiza, que libró sus batallas literarias y militares en suelo español; y de tantos más que en la historia de las letras mexicanas figuran entre nuestros grandes ingeniosos.

El pasquín y el libelo

LOS satíricos nuestros se inician con el mestizo arraigado a la tierra y que de ella recibe, junto con la gracia cándida y el encanto de la vida nueva, las sugerencias de una sociedad en acomodo y de una existencia trabajosa merced a la codicia de los conquistadores, a las diferencias de raza y a las desventajas de posición entre oprimido y opresor.

Antes de que los periódicos aprovecharan los beneficios de la imprenta para la difusión de las ideas en nuestro suelo, el pasquín fué el gran medio de desahogo de la chacota popular. De nada sirvió que el conquistador don Hernando condenara severamente a los que le pedían cuentas por medio del pasquín, escribiendo al pie de éste: "Pared blanca, pared de necios". En las paredes aparecieron graciosísimos epigramas, como aquel que trasmite el sabroso cronista don Ricardo Palma, coetáneo de nuestro don Luis González Obregón e ilustre semejante suyo en recoger leyendas y crónicas de la colonia, y que yo aplico a esta investigación de la sátira mexicana porque no hay diferencia alguna entre México y el Perú en la historia del desenvolvimiento de sus costumbres.

El pasquín criticaba a un prócer insular, precursor de los "arrivistas" de ahora, cuya riqueza ran-

chera y gritona estaba pidiéndole publicidad y ostentación. El hombre había hecho una casa con el portón del tamaño de media cuadra, y el pasquín le advirtió del peligro de tan desmesurada salida con estas palabras:

"Belaunzarán, Belaunzarán
que se te sale la casa por el zaguán..."

Y en otro pasquín histórico, el anónimo epigramista le preguntaba a don Manuel Gamboa, alférez real del Ayuntamiento de México, que había hecho la proclamación de Fernando VII:

"Señor alférez real de la pata seca
El que jura con duda ¿qué tanto peca?"

Al virrey Venegas lo reciben con un pasquín que dice:

"Tu cara no es de excelencia
Ni tu traje de virrey;
Dios ponga tiento en tus manos,
No destruyas nuestra ley".

En cambio, al virrey Marquina lo despiden con éste:

"Para perpetua memoria
nos dejó el virrey Marquina
una fuente en que se orina.
Y allí se acaba su historia".

Ya estamos en los tiempos en que el pasquín, el folleto, la cédula fueron un arma terrible en manos de los que esparcían ideas nuevas en la Nueva España, cuyas ansias de libertad maduraron con las noticias que llegaban de los disturbios de la Metrópoli donde se bamboleaban regímenes caducos. Aparecieron entonces los primeros periódicos que, muy al revés de lo que pasa ahora, en que el epigrama es un grano de sal perdido entre la balumba noti cieril, triste y pesada, comenzaba con una tirada graciosa o unos versos intencionados y concedíanle escasísima importancia a las guerras napoleónicas o a la formación de la Santa Alianza.

En una colección del *Diario de México,* uno de los primeros periódicos mexicanos, vemos que los abundantes epigramistas que encabezaban la primera plana de la minúscula hoja, ensayan tímidamente la sátira, cuyo estilo denuncia la inseguridad y el temor de los que la hacían. Recurren a la fábula, a la letrilla, al romance, a las "cartas" en que los satíricos se critican unos a otros, como en esas zambras armadas por los maleantes para aprovechar la confusión robando a los que la presencian. Todos firman con pseudónimo, y en éste apunta la procedencia indígena de la burla. Se llaman *El Pilguanejo, El Totoniche, El Zopilote.*

Y a fe que los ensayistas del epigrama tenían razón para tales precauciones, porque en cuanto la idea de la libertad tomó la forma de la insurrección, todos tuvieron que andar a salto de mata. El diarista Cancelada se fué al destierro; el Pensador Mexicano, que sacó su periódico con ese nombre, sufrió prisiones, y don Carlos María Bustamante,

que se inició en las lides periodísticas con una hojita llamada *El Juguetillo*, tuvo que marchar al campo insurgente para escapar del encierro.

A partir de allí ya es la lucha franca entre el gobierno y los que ayudaban a los levantados con la propaganda subversiva en las ciudades, por medio de la palabra escrita. Y a medida que la lucha se encona, se hace más acerba la dialéctica contienda. Los virreyes dictan medidas para perseguir a los publicistas, y es así como se inicia una pelea que había de dar por resultado, con el tiempo, que, al subir de tono la crítica, llegara a la procacidad más vulgar.

En efecto, después de la independencia, y a pesar de las llamadas a la concordia de los que nos decían que a nosotros tocaba buscar la manera de ser felices después de que ellos nos habían hecho independientes, obedeciendo a la fuerza inerte de un desenfreno que se despeñaba montaña abajo, en cuanto nos sentimos libres aprovechamos la libertad para comenzar una contienda política que había de ser la causa de los males que nos tienen enfermos hasta lo presente.

Escoceses y yorkinos, polkos y puros, novenarios y guadalupanos, echaron mano del ingenio heredado con la lengua, y de la saña india, para ahondar las divisiones que separaron para siempre a la familia mexicana en dos bandos. "Inteligencias tan brillantes como las de don Lorenzo de Zavala y del Doctor Mora; talentos de primera como los que correspondían a Sánchez de Tagle, Florentino Martínez, Quintero y Molinos del Campo, en un bando, y a don Manuel Herrera, don José María Tornel, Viez-

ca, Bocanegra, Pacheco y Manzo en el otro lado, todos ellos—dice don Julio Zárate—en vez de trabajar por extinguir los odios políticos, arrojaron la venenosa semilla que daría los amarguísimos frutos de una guerra civil, el agotamiento del espíritu público y la debilidad de la República en horas aciagas en que tenían que luchar con enemigos que la tratarían y la combatirían sin tregua ni consideración".

"La prensa de entonces—sigue diciendo el mismo historiador—se convirtió en una sentina de insultos, de grosera chocarrería; y las imprentas en factorías de ofensas indecentes..."

Llegamos a la conclusión de que el espíritu satírico, aplicado a la política, convirtió a esta en excesiva. Y si hemos de escuchar a don Julio Zárate, tenemos que admitir que todos nuestros males derivan "del ardimiento de las polémicas, de los reproches lanzados y del punzante sarcasmo que usaban los manejadores de la política mexicana en sus peleas periodísticas..."

Y debido a esa posición molesta que siempre hemos padecido: de esclavitud en tiempo de los españoles y de vasallaje político en todos los tiempos, de tiranía dictatorial con las variadísimas formas de gobierno con que Dios ha querido probarnos: imperios, regencias, altezas serenísimas, juntas de notables, poderes centrales y federales, democracias y feudos comunistas; debido a eso nuestra sátira, primero, y después nuestro humorismo, han tenido como generador supremo la política. No podemos volver los ojos a todo lo que hay de rabioso o de chis-

peante en el periodismo o en la literatura, que no se distinga sin una etiqueta política.

En medio de aquel cuadro sombrío que nos pinta el historiador Zárate, de quien hay que decir que como buen acólito de la severa Clio, tuvo vedado el sentido que percibe, entre los ruidos del tumulto humano, el de la risa, que de todas partes brota, en medio a ese negro cuadro hay chispazos de luz que denuncian la existencia del buen humor que siempre nos acompaña.

A semejanza de lo que ocurría en España, de donde copiamos la técnica del tumulto, del motín y de la algarada, aquí aprovechamos los equívocos y las equivocaciones hasta para fundar imperios y doctrinas políticas. Un humorista español muy poco conocido, Adolfo Clavarana, cuenta que en aquellos días del gobierno de O'Donnell, propicio a la asonada callejera, después de un levantamiento en que los amotinados habían agotado los vivas para este jefe y para aquel cabecilla, y aun para el primero que se presentaba: Viva Fulano, Viva Zutano, se atrevió a salir a la calle un vendedor de cal a pregonar su mercancía, y al lanzar su grito de "¡cal viva!" oyó que le respondían con un estentóreo ¡que viva!, que es el eco triste de todas las multitudes para el interesado entusiasmo de cualquier tonto que quiere encumbrar a cualquier vivo.

¿Quién nos dice que no fué un grito de "Viva el empedrador", lanzado por el guasón Pio Marcha cuando pasaba en plan de motinero por las calles del Empedradillo, recién empedradas, el que le dió la idea de hacer emperador a Iturbide? Porque de

lo que sí estamos seguros es de que fué otro guasón y revolucionario con vistas a la "vita bona", el que en el pronunciamiento de la Acordada, y después del "venturoso" saqueo del Parián, echó los cimientos para las bases económicas de nuestras revoluciones con aquel otro grito sublime:

"¡Viva Lobato y lo que arrebato...!"

La sátira patriótica

HAY una época en que la sátira se viste de china poblana y defiende la nacionalidad que antes había comprometido, bailando jarabes y entonando corridos para enardecer a los gloriosos chinacos de Porfirio Díaz en las terribles noches de vivac que precedieron a las radiantes mañanas del Cinco de Mayo y del Dos de Abril. Fustiga después a los invasores y a los imperialistas con las mortales ironías de *Los Cangrejos* y la *Mamá Carlota;* entabla un torneo de gracias envueltas en patrióticos ardores cuando desde las páginas de *La Orquesta* y de *El Ahuizote*, Rivapalacio y Guillermo Prieto se cambian hirientes sátiras con los de *El Pájaro Verde* y de *El Estandarte Nacional* donde Aguilar y Marocho escribe la memorable jornada del Jueves Santo, dedicada a Juan José Baz, el Delfín...

Es una época de verdadero ingenio, de mordacidad tan viva como las pasiones que la encendían. No se libran de ella ni el Habsburgo infortunado, a quien pintan los caricaturistas surgiendo de un huevo, recién desempollado y sintetizando el desencanto de los que esperaban de él muchas cosas, en esta expresión triste: "salió güero"; ni don Benito Juárez, al que sus enemigos, del bando conservador, ridiculizan en un dibujo en que aparece agitando las

fritangas de un perol hirviente, con esta leyenda, que quería decir que se aferraba al poder por la cuenta que le tenía:

"Válgame Dios, Don Benito,
Cómo le gustan las papas,
Tan sólo por las zurrapas
que le deja el destinito..."

¿A qué seguir mencionando todas las alternativas de la sátira política, si su historia no había de caber en las páginas de un grueso libro, y al fin hemos de resumirla en unas cuantas líneas que digan cómo fué virulenta con *El Ahuizote* y *El Hijo del Ahuizote*, rabiosa con *El Alacrán* y *La Tarántula* y tantos otros periódicos que no dejaron disfrutar al general Díaz la gloria de sus treinta años de paz; y cómo alcanzó cumbres artísticas y literarias con el lápiz de García Cabral y la gracia chispeante de Mario Victoria en *Multicolor*, o adquirió matices rabelesianos y enconados furores en las páginas de *El Mañana* de Jesús M. Rábago? ¿A qué ponderar tan continuado esfuerzo de la gracia de un pueblo que ya sabía reír, si hemos de terminar tristemente diciendo que todo eso se acabó y vivimos en un período de espectante silencio, agriados definitivamente por la política y horrorizados por el espectáculo de las guerras del mundo que han ensangrentado casi todos los años de este siglo...?

No es que se nos haya acabado la gracia, no; sino que trabados por conveniencias nacionales e internacionales, nos pasa lo que al loco del prólogo de la segunda parte del Quijote, del que cuenta

Cervantes que, llevado de la extraña manía de dejar caer a plomo un canto no muy liviano sobre la cabeza de los perros que encontraba, topóse un día con un irascible bonetero que le propinó fenomenal paliza por haber golpeado a su perro; y mientras el agraviado ponía como una alheña al orate, le decía: "¿No viste, cruel, que era podenco mi perro?" Con lo que el loco, después de no salir en un mes de su casa, cuando volvió con su invención, y con más carga, al acercarse a donde estaba un perro, lo miraba bien de hito en hito, y sin querer, ni atreverse a descargar la piedra, decía: "Este es podenco, ¡guarda!; y así todos los perros le parecían podencos, y no volvió a soltar más su canto...

Todos los perros nos parecen ahora podencos, como al loco del Quijote. Acostumbrados a andar con las piedras en la mano para arrojarlas sobre alanos o gozquecillos, cometimos excesos que trajeron al fin la paliza del bonetero, que esta vez fué la Revolución, y ahora, aunque nunca dejamos de cargar con la matatena de nuestra eterna sátira, cada vez que pensamos arrojarla sobre tanto y tanto dañino ser que nos asuela, rascándonos todavía las ronchas de la tollina, decimos, siempre que queremos hacer uso de nuestra abundante ponzoña:

—Guarda, que puede ser que traiga detrás su pistolero...

De ahí este gran silencio que se observa desde hace diez años en que no hay un periódico satírico y que indica la privanza de Sancho en los espíritus: "En boca cerrada no entran moscas"; "al buen callar llaman Sancho": "entre dos muelas cordales nunca metas los pulgares", y así hasta el infinito...

Nuestros satíricos

PERO no se crea que la imaginación deja de trabajar. Si se recopilara todo lo que en corrillos, en mesas de café, en grupos esquineros se ha dicho durante las oscuras épocas revolucionarias que, por fortuna, ya pasaron, se lograría la más reconcentrada esencia de la sátira popular, que no descansa un solo momento poniendo motes, aprovechando **quid pro quos**, criticando desaciertos, subiendo en berlina a los que tan a gusto han viajado en ella.

Así, un día, porque "the power behind the throne" o sea el Presidente comanditario, ordenara un cambio de secretarios particulares al Presidente comanditado, la firma más ilustre de la sátira mexicana contemporánea, la de "Pepe Nava", escribía en el epigrama diario de un periódico:

De Santa Bárbara
suena el teléfono,
sale Crisóforo
y entra Nicéforo;

Y, a propósito de la educación sexual, tan combatida, dábale esta mortal lanzada:

He leído en un programa
de la educación sexual
que a la niña flor se llama.
Como símil no está mal,
porque del curso al final
alguien dirá con escama:
¿Quién te llevó de la rama
que no estás en tu rosal?

burbujas iridiscentes, de las pocas que se atrevían a salir, emergiendo de un mar en ebullición, y cuyo rumor dejaba traslucir la oculta carcajada con que un pueblo se vengaba de terribles tiranías.

Pasemos como por sobre ascuas por esta inevitable alusión a la política, que en vano sería sortear, porque de no hablar de la sátira política, sin estudio de la sátira mexicana nos quedaríamos.

En efecto, toda ella es política. Nuestro pensador, Fernández de Lizardi, en sátiras dejó envueltos sus mejores pensamientos, tanto en su obra peridística como en el folleto y en el libro con que combatió a los españoles. Ni en el *Periquillo* dejó de "arremeter revolucionariamente —dice el maestro González Peña en su *Historia de la Literatura*—contra el estado político existente".

Poco es lo que queda escrito de los grandes satíricos políticos. Distínguese en esa obra, la de don Juan Bautista Morales, que hace hablar a su Gallo Pitágorico para contar mexicanas desazones y pone en boca de oscuros seres mitológicos las inquietudes y las miserias criollas. Más cáustico, pero más divagado es Don Guillermo Prieto en sus *Viajes de Orden Suprema, Memorias de Mis Tiempos* y *Via-*

jes a los Estados Unidos. Tribuno formidable y recio panfletista, don Francisco Bulnes hizo, como el P. Rivera y como D. Carlos María Bustamante en sus notas a la Historia del P. Cavo, una crítica histórica en que, a veces la austera Clio deja restallar los cascabeles de Arlequín. Otras, el escritor mordaz recurrió a la calumnia y a la engañifa para hacer pasar supuestas verdades, como cuando el libelista Adolfo Carrillo escribió aquellas memorias de Don Sebastian Lerdo destinadas a echar lodo sobre la figura del General Díaz. Y entre los más acres recopiladores de amargas alusiones a personalidades que merecen respeto y estimación, debe mencionarse a Ciro B. Ceballos, que de tener tanta gracia como malicia, hubiera sido un genio.

Terribles sátiras, y éstas no políticas, son las de algunos de nuestros poetas mayores y menores, quienes, en la intimidad de la conciencia, que suele ser como poner en pijamas al espíritu, dejaron libre al ingenio que a tantos encumbramientos les llevó para jugar a la picardía en el libro, en las tertulias de café y siempre en el sombrío y solitario rincón de la malicia.

Carpio y Plaza explotaron el epigrama con mayor o menor fortuna. Anda de boca en boca lo que dejó la musa traviesa de Luis G. Urbina, que era tan dulce romántico como formidable y gracioso repentista; y no es sino el temor que producen los satíricos geniales, que menciono a Salvador Novo, ingenio selecto y fecundo, en cuyo pensamiento vertieron, de consuno, sus terribles facultades para la invectiva Bocaccio, el Aretino y Quevedo. Crítico, comentarista político, columnista, como se dice ahora, lleno de

las inquietudes que le dan las múltiples lecturas que puede absorber con su conocimiento de muchas lenguas, no se cuida gran cosa de difundir su nombre, seguro como está de la originalidad de sus pensamientos, que se filtran a través lel anónimo por obra de esa originalidad, y de su peculiar estilo.

Por razón de ese cerrado anónimo Novo no es popular, pues aunque sus mordaces escritos aparecen en periódicos de gran circulación, son pocos los que saben quién es el que escribe, y muchos los que no le entienden, pues tiene la brillante confusión de Quevedo: resultado de un travieso y complicado estilo. De él podría decirse lo que de Shakespeare afirmaban sus compañeros de tablado Heminge y Condell: "Leedle una y otra vez, y si aun ni así lo entendéis, estáis en evidente peligro de no entenderle".

Maestro de ironías es el poliédrico, sutil, elegante y cosmopolita maestro José Juan Tablada. Su musa regocijada, que lo mismo "bebe el champagne en fino bacará" que sufre osmológicos deleites con el mole poblano y el curado de apio, tiene la colección más fina de sátiras, que a veces pican con el arpón de la avispa y otras secretan la miel de un ingenio florido en el panal de sus multicolores humorismos.

Porque un pintor amigo suyo apareciera una mañana enarbolando una corbata con brillos de charol y calzando choclos listados, con textura de seda, Tablada le dedicó estos versos:

"Jorge, una duda me mata,
Me confunde y me maltrata:
¿Qué te pusiste al revés,

Los choclos en la corbata
O la corbata en los pies?

¿Pos qué pues?

En la provincia, poco propicia al cultivo del humorismo escrito, porque allí se hace a **sotto voce** y a la chita callando, se distinguieron Benjamín Padilla, con su chispeante *Kaskabel*, verdadero juguete de la gracia que llevaba dentro una saltarina y sonora piedrecilla de alegría, y Don Celedonio Junco de la Vega, tronco de una ilustre estirpe literaria, quien, además de temibles invectivas políticas escribe cosas tan saladas como ésta:

"Que no habrá clases sociales;
que todos serán iguales,
es cosa que está cercana,
con lo cual cesan los males
de la condición humana.
A monetaria cuestión,
reducido todo eso,
seré de igual opinión,
cuando sepa que un tostón,
vale lo mismo que un peso.

Nuestros humoristas

LOS humoristas—los humoristas dedicados a una larga obra literaria—son todavía más escasos en nuestra literatura. Siendo, como somos, un pueblo de satíricos y humoristas, siempre que cogimos la pluma fué para enzarzarnos en los grandes temas románticos, en la poesía doliente, en la discusión política, en el cuento erótico. Muy pocos se tomaron el trabajo de copiar los mil aspectos cómicos de nuestra naturaleza de pueblo amanerado, para corregir o para divertir al mismo pueblo. En la *Bibliografía del Teatro en México,* del docto y acucioso Francisco Monterde, apenas si hay huella del sainete, con todo y que la producción del drama y de la comedia son copiosas; y ya se sabe que así como no había sermón sin San Agustín, nunca dejaba de servirse, tras del gran banquete emocional del dramón en siete actos que hacía llorar, el antiespasmódico de la petipieza que enjugaba las lágrimas y dejaba a los espectadores en buenas condiciones de ánimo para el sueño reparador de los buenos tiempos de las buenas costumbres. Para estos consoladores menesteres recurríase siempre el sainete extranjero y fueron, Miguel Ramos Carrión y Vital Aza, Don Miguel Echegaray o Don Eusebio Blasco, los que nos dieron la refacción de la risa consoladora, el postre que nos

quitara el amargo sabor de la tragedia. Cuando llegó el género chico, contagiados del humorismo madrileño y la gracia andaluza, ensayamos a hacer teatro cómico, y pudimos lograrlo gracias a la vena inagotable del más constante y fecundo de nuestros humoristas, don José F. Elizondo, quien, al mismo tiempo que González Carrasco, Rafael Medina, Alberto Michel, Rafael Rubio, Salvador Uriarte, Enrique Uthoff y otros, dieron vida a tipos de vernáculo pergeño, e hicieron cantar a las "Musas del país" la folklórica y graciosa canción que trasmite los chispeantes decires del pueblo.

Bien pronto el género torció el rumbo y se metió por el difícil y resbaladizo terreno de la pornografía y la política, hasta llegar a lamentables extremos y a vulgares recursos de composición, urgido por el estragado paladar de un público que estaba pidiendo salsas picantes, y al que hubo de servir refritos y fiambres preparados a la diabla. A tanto llegó el festinado género cómico, que acabó en la improvisación tartamuda de un ingenioso suripanto que se ha hecho notable en estos tiempos, y cuya gracia consiste en imitar la socarrona y oscura dialéctica del lépero —oscuridad de palabras para ocultar pensamientos que no pueden salir a luz— y ya se sabe que estos fenómenos de popularidad responden casi siempre a un estado mental colectivo.

Humoristas de obra maciza solamente podremos mencionar a tres: a José T. de Cuéllar, *Facundo*, costumbrista que sin llegar a la sutil observación de Mesonero Romanos, nos hizo el gran beneficio de dejarnos el retrato de una época en caricaturesca traza; a José F. Elizondo, citado tantas veces, que

dedicó su vida entera a esta bienaventurada misión de hacer reír con sana risa, y también a la de hacer pensar, pues en sus epigramas —algunos de los cuales pueden compararse, por su filosófica concisión, a los de Marcial— hay muchas veces la reflexión dolorosa que cabe en una amarga sentencia; y, por último, a aquel cuya memoria evoco para rendirle el homenaje más ferviente: a Angel de Campo, *Micrós*, el de las saudades tiernas con sollozantes reminiscencias de la infancia; el que hacía poemas en torno de la vida de un perro callejero, o de la flor que alegraba, en mísero tiesto, la vida solitaria y soñadora de un jefe de estación; el que mientras nos contaba, con gracia inimitable, la vida, llena de la comicidad triste de la miseria, de un empleado público, hacía que se desbordara de nuestro corazón la vieja lágrima del dolor de la raza, empañando con el vaho de la emoción la sonrisa que apuntaba en los ojos.

Humorista único, más poeta que humorista, *Micrós* tiene la piadosa ternura de los que quieren hacer olvidar con donaires la tristeza de una raza de tristes, aprovechando para la risa hasta los mismos motivos de tristeza.

En un lugar resplandeciente de este desfile pasan las sombras veneradas de Don Victoriano Salado Alvarez, del Dr. Flores y de D. Carlos Díaz Duffoo.

Dispersa en periódicos y revistas queda la obra de tantos que alegraron por un momento nuestra mohina de viandantes malhumorados en la columna periodística, desde que esas cosas se llamaban "causeries" o "boutades", en la época del afrancesamiento, o en tanta *Semana Cómica, Pólvora sin Humo, Ti-*

ros al Blanco, Cuentas de mi Rosario, Cabos Sueltos, Políticas Menudas, Acotaciones, A Punta de Lápiz como lo del Abate Benigno, el fino humorista Don José Gómez Ugarte, lo de Chavarri, nuestro criollo Juvenal; de Rafael Rubio, *Rejúpiter;* de Javier Enciso, de *Júbilo*, de Porfirio Hernández, *Fígaro;* de Aurelio Horta, cuya mejor obra fué, con todo, su hijo Manuel, fino cultivador de una ironía que no es precisamente su género literario, sino la espuma burbujeante de un ingenio dedicado a más sutiles manifestaciones de arte. De tanto y tanto más, a quienes no puedo ya mencionar porque el tiempo apremia y vuestra paciencia acaba... por más que no quedaría completa esta mención ligera sin decir que quienes mantienen el fuego del humorismo son el metamorfósico Elizondo, con sus epigramas de *Excelsior*, y el anónimo, cáustico y severo magistrado que escribe los "Avisos a Tiempo" en *El Universal.*

¿Somos satíricos o humoristas?

ESTA farragosa mención de todo lo que ha florecido en nuestro huerto del ingenio no hubiera tenido objeto si no sirviera para llegar a la cuestión propuesta en el principio de este ensayo: ¿somos satíricos o humoristas?

Ya hemos visto cómo el inocente gusto del pasquín se nos fué enconando a medida que la raza nueva tomaba posesión de su yo étnico y entraba por ese camino de la política que nos agrió para siempre el genio y nos dividió en dos porciones eternamente antagónicas. Nos volvimos extremistas para todo, y a desemejanza de otros pueblos más ponderados, que toman la función cívica, la lucha de clases y todos los actos de la vida pública con un límite ordenado que no destruye la armonía social, nosotros, en cuanto diferimos de pensar con el vecino de enfrente, nos cubrimos de oprobio e hicimos del odio para el enemigo, el eje de nuestra vida. Y creemos haber dicho ya que el odio engendra la sátira. Por eso somos, más que nada, satíricos. Y aquí viene de molde aplicarnos la reflexión que acaba de hacer el sabio Marañón en su libro "Tiberio": en cada satírico hay un resentido. Y nosotros, aparte de una raza dividida por toda suerte de ideologías, somos un pueblo de resentidos e inconformes. Inconformes con nuestro origen español, pues llevando en las venas la más rica

herencia de esa gloriosa rama de la especie humana, vivimos renegando, ilógicos descastados, de nuestros abuelos celtíberos, árabes y visigodos, a cuenta de los agravios inferidos a la raza de bronce, que ellos se encargaron de limar; inconformes con nuestro idioma, pues teniéndolo rico y abundante lo despreciamos para recurrir a extranjerizas voces; enemigos de lo que nos conviene y partidarios entusiastas de lo que nos hace daño; y tan a contrapelo y a destiempo con nuestra vida misma, que, según don Ignacio Ramírez, los actos más importantes de ella en lo que a la vida política se refiere, son obra de nuestra inconformidad, pues la conquista la hicieron los indios y la independencia los españoles; descontentos de nuestros gobiernos, éstos han constituído siempre el motivo diario de una amargura generadora de esa vena que produce a torrentes la sátira.

Y así como, según Shelley, hay grandes poetas que nunca escribieron un verso —"y acaso los mejores"—, así a nuestros grandes satíricos no hay que buscarlos sólo en las antologías y en las bibliotecas, sino en la trastienda, en la rebotica, levantando, en provincia, el visillo de la ventana para fusilar, al acecho, al que pasa y ponerle un mote que llevará arrastrando, como un grillete, toda la vida. El instrumento nacional de mayor actividad y mejor empleo es la tijera.

Desde ese punto de vista, pudiéramos decir que en cada mexicano hay potencialmente un satírico. Lo llevamos en la sangre, como herencia microbiana fermentada en largos siglos de larvación de un malsano remanso donde fueron dejando lo suyo todos los tipos de la picaresca española y los de nuestra pro-

pia picaresca, tan nuestros, tan hondamente mexicanos: la Monja Alférez y Martín Garatuza, Periquillo y Juan Panadero, el Cura de Teocaltiche y el de Jalaltlaco, Canillitas y Pito Pérez, el Negrito Poeta y los personajes pintados por sí mismos en la famosa recopilación anónima, así como los que inventó Vanegas Arroyo e ilustró Posada; ¡la maravillosa teoría de nuestros abuelos socarrones y burladores!

¿Humoristas? También, pero más bien por suavidad del humor diluída en la selección del espíritu literario y de la condición piadosa del observador, que por una decidida tendencia a hacer literatura para promover la risa, que es salud y alegría (los casos de *Micrós* y de *Pepe Nava* son una excepción). Y como, según se desprende de todo lo dicho, nuestro mejor y gran satírico es la gran masa que goza de la impunidad del anónimo, ésta no se cura de elegantizar el humor, y por eso predomina, en la biológica formación de la raza, como disposición natural y natural inclinación, la sátira dura, burlona, amargada como un rejalgar y envenenada como una flecha tratada con "curare".

Sólo en el pueblo, en el pueblo no contaminado por los miasmas citadinos, queda la gracia prístina de esa tendencia, un poco panteísta, de alegrarse con los motivos de la naturaleza y de hallar en ella símiles poco dañinos para matizar la vida con mentales cabriolas, que son como el trino de las aves y el retozo de los animalitos de Nuestro Señor, según diría San Francisco de Asís.

Por bondad divina, aún nos queda la gracia que brota de un corrido, de una canción, de una copla, y hasta de una "tragedia", como llaman allá, por mi

predio potosino, los rápsodas del campo a los relatos de las desventuras populares.

Aun tengo en la retina y en la memoria, la visión, la armonía y la luz de una rústica fiesta de aquellas ardientes tierras huastecas, florón de verdura en la aridez castellana de mi Estado natal; una fiesta donde sobre el huapango y al son de la media hanega baila una moza de tez morena y ojos de lumbre, cuya gracia provocativa, cimbreadora y ondulante hace asomar pálidas de envidia a las estrellas en el oscuro cielo de la noche estival; una noche tan cálida, tan cálida, como si de ella saliera la respiración de la selva, del monte, de la misma entraña profunda de la tierra; en tanto que el galán, que frente a la moza baila —un charro de sarape al hombro y fino perfil de indio arrogante,— lanza al aire la aguda saeta de esta canción en que se deslíe la ternura de su alma y la gracia del campo, tan lejana de la humana malicia:

Si el buey con ser animal
Suspira por su querencia
¡Cómo no te he de querer
Mientras Dios me dé licencia!